

PRESENTACIÓN

El concepto de patrimonio cultural es una construcción histórica relativamente reciente, se comenzó a utilizar de manera universal prácticamente iniciada la segunda mitad del siglo pasado. En el término patrimonial aplicado a los bienes culturales que determinadas sociedades crean, preservan y transmiten de una generación a otra, es su legado histórico y eso les distingue en la diversidad de culturas y formas de ver el mundo; por eso durante mucho tiempo hemos sostenido que el patrimonio cultural de los mexicanos, compuesto por las diversidades y formas culturales regionales y locales, étnicas, populares, tradicionales, etc., nos da identidad como mexicanos. Esta pertenencia no solo territorial y material, es también idiosincrásica, pues se compone de rasgos no palpables como la lengua, los conocimientos, los valores, los mitos, los ritos y formas de ver el mundo; de ahí que se ha optado en el ámbito jurídico de distinguir patrimonio material de patrimonio inmaterial. No obstante, en la práctica, ambas manifestaciones, físicas y simbólicas, son indivisibles, pues los bienes materiales, en la práctica social, siempre llevan aparejado el uso social, es decir la carga simbólica que los pone en valor.

Esta concepción holística de la cultura abordada desde principios del siglo XX por el sociólogo francés Marcel Mauss, con el concepto de <hecho social total>. En esta breve introducción al boletín de divulgación OCARINAH, abordo someramente el tópico para explicar las razones que nos animan para incluir en el número 9 un artículo sobre la celebración del día de muertos en la perspectiva de los otomíes de San Salvador en el Valle del Mezquital. La historiadora Stephany Espinosa, incursiona en la etnografía y nos describe la forma particular en que, en esa región, se lleva a cabo el culto a los antepasados; llama la atención la participación del grupo doméstico ampliado en la elaboración del altar, los guisados, el montaje, la provisión de los materiales e incluso la distribución de las tareas en las que participan mujeres, niños y varones, por lo que, además del culto a los muertos, poner el altar, es un elemento de cohesión familiar y étnica como bien lo especifica la autora.

En otro tema, el arqueólogo Carlos Hernández, aborda en la exposición museística bimensual la elaboración contemporánea de figuras en cerámica llamados en algunos lugares “diablitos”, que remite a los rituales agrícolas propiciatorios de fertilidad y buenas cosechas que se practicaban en la época prehispánica. Subyace en estas ofrendas un culto a la madre tierra y las deidades de la naturaleza, agua, sol, viento, que en conjunción con el trabajo del hombre, se busca influir en las deidades para vernos favorecidos en la subsistencia alimentaria y la sociabilidad del grupo; dones para la Tierra con el propósito de establecer una ética de reciprocidad, una filosofía de la naturaleza muy extendida que fue propia, con sus particularidades, por todos los grupos mesoamericanos y que persiste hasta nuestros días.

Sobre ese mismo tema del culto a los muertos, el arqueólogo Luis Gamboa Cabezas, en su caso, advierte la concepción prehispánica de las entidades anímicas en el ser humano, y el destino que le deparaba después de acontecida su muerte, siendo un privilegio trascender al más allá acompañando al Sol, o en su caso, al inframundo, en la dimensión del Tlalocan, lugar similar a lo que en la ideología cristiana se concibe como paraíso. Esta concepción prehispánica,

amplia y ricamente descrita por el insigne antropólogo Alfredo López Austin, la aterriza el arqueólogo Gamboa al describir las costumbres funerarias en la antigua ciudad de Tula, entierros con ofrendas con un patrón relacionado a la visión del mundo de los toltecas.

En relación a Tula, el arqueólogo Osvaldo Sterpone, es el curador de una pequeña exposición relacionada con la cromática aplicada a los monumentos y esculturas que tuvo la antigua capital tolteca. Una aproximación a la gama de colores que prevalecieron en los edificios y esculturas en Tula (incluidos los llamados Atlantes), a partir de la obra pictórica del maestro Agustín Villagra Caletí, quien trabajó sobre esta recreación artística acompañando el trabajo de campo al arqueólogo Jorge R. Acosta.

Con el número 9 de OcarINAH cumplimos el compromiso de publicar los 4 números del boletín del Centro INAH Hidalgo para este año 2022, asumido como una de las metas de difundir entre la sociedad la labor que realizamos en torno al patrimonio cultural de Hidalgo.

Héctor Álvarez Santiago
Director del Centro INAH Hidalgo



Ofrenda de Todos Santos según las costumbres de los tepehuas de Huehuetla, Hidalgo. Muestra presentada en el Centro INAH Hidalgo en 2019. Fotografía: Centro INAH Hidalgo